

El golpe de la afrenta que recibe
A despertarle fué de su letargo,
Y, conjurar queriendo los peligros,
Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas
Aléjase el ejército contrario
Cual nube espesa de langosta en busca
De más fértil región y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,
En la aplazada lid para salvarlos
Se apareja con sábias providencias
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone
Y habilita á los pobres de su erario
Porque sesenta lunas de seguida
Labren todos la tierra sin descanso.

Cedióles la mitad de las cosechas
Y con el resto dellas hizo abasto
Para dar á sus tropas en los días
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros
Y nueva mies en los alegres campos,
Y de tal bien al favorable influjo

Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distincion de sexo
Y les hace labrar flexibles arcos,
La fuerte clava y lanza cimbradora,
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio
Todo varon en Tula es convocado,
Y en el hogar se quedan solamente
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca
Forma y adiestra numerosos cuadros;
Manda alzar parapetos y trincheras
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste
Al acercarse el término del plazo,
En dos cuerpos su ejército divide
Y da á Huehuetnucátl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica
A que dispute al invasor el paso,
Y con los nobles y el segundo cuerpo
El rey en Toltitlan queda á esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones

Renacer en su pecho el entusiasmo
Sintió Teopancaltzin, que las arenga
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío á la flor de los guerreros
Con saludo gentil y gesto blando
Infunde la arrogante favorita,
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento
Abrigan en comun pechos bizarros,
Y en las nubes y entrañas de las aves
Todos del triunfo ven feliz presagio.

¡Ay! Así brilla lánguida bujía
Agonizante ya, con vivo lampo,
Y nunca luce más que al extinguirse
En la lóbrega noche el fuego fátuo!

VI

*La campaña.—Derrota y dispersion de los toltecas.—Topiltzin
logra salvar su vida.*

Vienen á despertar de sueños tales
Al rey de su nobleza rodeado,

Veloz el paso, el rostro demudado
Y en el solo ademan nuevas fatales,

Del avanzado cuerpo fugitivos;
Y Huetnucátl y algunos capitanes
El malogro á contar de sus afanes
Llegan á poco, tristes aunque altivos.

Del rey la hueste al verles se alborota
De ira sintiendo al par vagos temores,
Y agrúpase á escuchar los pormenores
Del rudo encuentro y la sangrienta rota.

Empuje aterrador hizo el contrario
Y en el tolteca halló firme muralla,
Y dióse cada dia una batalla
Con ardor siempre igual y éxito vario;

Hasta que, al fin, del número vencidos
Del invasor que cual serpiente ondula
Y les cerca y constriñe, los de Tula
Quedaron prisioneros ó tendidos.

¡Mas no fué sin honor! Terrible estrago
Hicieron al caer como alta encina;
De ambas huestes al pié de la colina
Forma la roja sangre un mismo lago.

En vano Huetnucátl, sereno y fuerte
Mientras del triunfo alienta la esperanza,
Solo viéndose ya, rota su lanza,
Con despecho y afán buscó la muerte.

Su estrella, más adversa que propicia,
Tan noble anhelo á coronar se niega
Porque del triste fin de la refriega
Él mismo á su señor lleve noticia.

Dábala como actor y fiel testigo,
Dábala aún, cuando del monte enhiesto
Guerrero anciano en atalaya puesto
Grita con ronca voz: "¡El enemigo!"

Y la desordenada muchedumbre
Se agita á un solo impulso, á la manera
Que al aquilon la rubia sementera
Desde el tendido llano hasta la cumbre.

Fórmase en cuadros la legion valiente,
En alas estendidos los honderos,
Y avanzan los de clava los primeros
Al rey y á Huetnucátl llevando al frente.

Choque de dos corrientes encontradas
Dió principio á la insólita contienda;
Vuelan doquier en confusion horrenda

El penacho y carcax, miembros y espadas.

¡Oh rey! ¡Oh pueblo! Si del mundo escoria
Os hizo aparecer el vicio un día,
Ha sido de leon vuestra agonía
Y os ha sobrevivido vuestra gloria!

Veces cuarenta el sol el rudo embate
Del invasor os vió sufrir serenos
Siendo, aunque cada vez érais ya menos,
Reñido más y más cada combate.

Los jóvenes, cediendo á la fatiga,
Caen; pero las armas de sus manos
Reciben las mujeres, los ancianos;
Tecpancáltzin lidió junto á su amiga.

¡Valor que en vano en resistir se empeña!
Cuando el postrero sol bajó al ocaso,
Vencedor el contrario, abrióse paso
Como el alud que al valle se despeña.

Y á su venganza y gritería infandas
Se alzan del sueño de la tumba fría
Para ver acabar su monarquía
De los reyes las sombras venerandas.

Su descendiente, aquel en cuyas manos

Se desbarata el cetro antes glorioso,
 Busca su salvacion, ora en el foso,
 Ora yendo por bosques y pantanos.

Escasa turba de vasallos fieles
 En la azarosa fuga le acompaña;
 Mas le persigue el vencedor con saña
 Cual van tras el venado los lebreles.

Para darle una vez tiempo á que huya,
 Con poca, sí, pero animosa gente
 Huetnuatl al contrario haciendo frente,
 Salvó la vida al rey, perdió la suya.

De Topiltzin no lejos, con innoble
 Furor brutal apresan á su infante
 Que con el ama huía, y al instante
 Los bárbaros le estrellan contra un roble.

¡Padre infeliz! ¡Monarca sin ventura!
 ¡Mejor que conservar la inútil vida
 Te fuera en la campaña enrojecida
 Hallar entre los muertos sepultura!

De cansancio y terror la sangre yerta
 Miras desde honda cueva cómo parte
 El vencedor ufano, su estandarte
 A enarbolar en la ciudad desierta;

Mientras por sendas áridas y angostas,
 Para no presenciari nuevos horrores,
 Dispersos los antiguos moradores
 Van del distante mar hácia las costas.

VII

Conclusion.

Su gente vencida viendo
 Xóchitl, fiada en su sino,
 Entre el desórden horrendo
 Al rey padre conduciendo,
 Toma escusado camino.

Del puesto sol la luz clara
 Aun brilla en el horizonte;
 Del vencedor la algazara
 Oyendo, al entrar al monte
 Con susto vuelven la cara.

Mas nadie les ha seguido,
 Y por quebradas ó pantanos
 Marchan sin hacer ruido,
 Atento siempre el oído,
 Sin desasirse las manos.

Dudando si en su temor
 La imaginacion lo fragua,
 De un bosque en el interior
 Oyen á poco el rumor
 Que forma corriendo el agua.

Atravesando de frente
 El bosque, en aromas rico,
 Hallaron súbitamente
 El borde tajado á pico
 De un espumoso torrente.

De maleza y espadañas,
 Arboles, juncos y cañas
 Entrambas márgenes llenas,
 Dejan ver el agua apenas
 Del abismo en las entrañas.

Brinda á su través con paso
 No de peligros escaso
 Al viandante campesino,
 A la accion del tiempo acaso
 Caído, el tronco de un pino.

Salvo se juzgó el monarca
 Cuando con la vista abarca
 El sitio y sus accidentes,
 Que en toda aquella comarca

No es fácil que haya dos puentes.

Piensa con Xóchitl pasar
 Y ese tronco secular,
 Con su bordon por palanca,
 De la otra orilla empujar
 Al fondo de la barranca.

Si el contrario le ha seguido
 Burlado está sin remedio,
 Pues se verá detenido,
 El tronco una vez caído,
 Quedando el abismo en medio.

En este plan confiando
 Y á la fatiga cediendo,
 Fuerzas cobrar esperando,
 Siéntase en el césped blando,
 Xóchitl otro tanto haciendo.

Y de peligro inminente
 Sin hallar leve barrunto,
 Teniendo á la mano el puente,
 Al són de la honda corriente
 Así se hablaron un punto:

Hablaba aún, su mejilla
 Sulcando lágrima ardiente,
 Y extraño rumor creciente
 Creyó escuchar en la orilla
 Que no es el son del torrente.

De hojas secas el crugido,
 Como cuando el pié las quiebra,
 De entrambos llega al oído.
 ¿Ráfaga de viento ha sido?
 ¿Se acerca astuta culebra?

Del agonizante día
 En la espesura sombría
 La claridad entra apenas:
 De miedo Xóchitl sentía
 Su sangre helarse en las venas.

Al anciano á huir conjura
 En sus movimientos tardo,
 Y levantarle procura
 Cuando, de su hombro á la altura,
 Silbando atraviesa un dardo.

Súbito espanto la embarga,
 Mas darle imperio rehusa;
 Al rey atónito carga,
 Y oye á distancia no larga

De voces mezcla confusa.
 Gana con paso ligero
 El atravesado pino
 Y en equilibrio certero
 Avanza; mas de contino
 Se está cimbrando el madero.

Sudor de angustia bañaba
 A Xóchitl manos y frente,
 Y el infeliz rey temblaba
 Cuando en sus brazos llegaba
 Casi á la mitad del puente.

Su terror toca al exceso,
 Que el tronco añejo se blande
 Más y más al rudo peso,
 Y va el peligro con eso
 Cada vez siendo mas grande.

A la orilla abandonada
 Salió la turba enemiga
 Tras el prófugo lanzada:
 Fué tardía su llegada,
 Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,
 Que, con estrépito hondo

Roto el pino en dos pedazos,
Xóchitl y el rey en sus brazos
Van del abismo hasta el fondo.

1862.

EMIGRACION DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quiebras y llanura
Que arena ingrata alfombra;
Sin fuentes ni verdura
Ni árbol de amiga sombra,
Habita pueblo innúmero
En el país de Aztlan.
Las tumbas veneradas
Tiene de sus mayores,
Y en sólidas moradas
Arrostra los rigores